

La calle para el viernes 24 de junio de 2011

Diario de un espectador

Aura por Ruiz Dueñas

Miguel ángel granados chapa

Como revista bimestral que es, la de la Universidad iberoamericana festeja o recuerda los acontecimientos ocurridos en los dos meses que cubre su periodicidad. El número 14 de la revista Ibero, correspondiente a junio y julio, que está ya en circulación, evoca por ello la muerte de Alejandro Aura, ocurrida pronto hará tres años, el 30 de julio de 2008. Lo hace con la calidad y la penetración con que suele realizar este género de conmemoraciones.

Publica seis poemas inéditos del notable y poliédrico ser humano que fue Alejandro Aura. Polifacético en su escritura, lo fue también en la vida cotidiana, donde fue actor y director de puestas en escena memorables como Salón Calavera, y promotor y funcionario de la cultura, bajo gobiernos de signos diferentes sin que nadie se lo reprochara, porque era clara la genuina motivación de hacer participar a otros muchos, fuera o dentro de nuestro país, de los valores del arte, la ciencia y la creación artística e intelectual.

Enmarca la publicación de esos textos hasta ahora no conocidos, una remembranza de Jorge Ruiz Dueñas, otro hombre de varios mundos – poeta, ensayista, administrador cultural de altos vuelos-. Ya residente Aura en Madrid, se encontraron en la circunstancia narrada por el memorioso:

“en nuestra bella Morelia y con motivo del Encuentro de poetas del mundo latino, con Alejandro Aura buscaba un sitio para charlar. Justo frente a nuestro alojamiento, el hotel de La Soledad, hicimos el primer intento en un lugar de sobrio exterior pero interior alucinante: no apto para nosotros. No habíamos perdido la guerra: unas puertas adelante unos colegas habían descubierto un bar silencioso donde conversamos largas horas, mientras las campanas de la catedral barroca daban señales de la entonces sosegada vida de la antigua Valladolid.

Alejandro con su proverbial generosidad invitó a todos a alojarse cuando fuese menester en su casa de Madrid, justo arriba de la churrería (a la que previamente se ha referido Ruiz Dueñas). Hablamos de las paradojas de su calle. Entre tantas cosas al ponernos todos al corriente, y

de aquellas coincidencias tan ajenas al azar. Traspuesto el zaguán de nuestro alojamiento (casualmente un edificio del siglo VIII) desde la penumbra vimos cómo las torres encendidas aún iluminaban el cielo y nos felicitamos de haber tenido ese momento de reflexión sobre el avasallador espíritu de la época.

Al cruzar el jardín del antiguo mesón vi a Alejandro marcharse entre las sombras como su poema Volver a casa, entonces tan lejana. Quizá acompañado de sus vecinos en el tiempo. Parodiando el título de Uslar Pietri, Nunca más nos volvimos a encontrar, y así se internó en la convulsión de mis recuerdos, siempre renovados, con la evocación del viaje perpetuo y su permanente invitación: "Un día abandonaremos la ciudad de México, la dejaremos en paz y desierta para que las conjeturas crezcan, y nos iremos a fundar, en otra parte, nuestras maravillas".

La revista Ibero hace acompañar esta recordación de Aura por Ruiz Dueñas con un epígrafe del primero, tomado de su poema crepúsculo:

"La tarde pone un huevo en el horizonte, rojo, encendido, loco, lo sé,/ y con él se precipita la acción que desemboca en la noche;/ apocalíptica, se podría decir,/ o así se vería al menos el panorama desde la perspectiva de esta calle/ en la que vivimos Miguel de Cervantes Saavedra, Lope de Vega, Marcos Ricardo Barnatán, Milagros y yo,/ no en los mismos años pero sí en las mismas proporciones urbanas,/ o sea, mismas distancias físicas entre casa y casa;/ también David Cabello, nuestro abastecedor báquico,/ unas pizzas, una librería de viejo, una farmacia, un puticlub cuyas ancianas meretrices/ erraron hace poco y se fueron.."

"